

«De estas oraciones negras o encantamientos, hay siete, tres para los hechizos y ayudantes ordinarios, y un número similar para la destrucción impía y completa de todos los enemigos. Pero del séptimo se advierte a los curiosos en todas estas partes. No dejes que se recite el último encantamiento, a menos que desees ver el más terrible demonio.

Aunque se diga que el demonio no se muestra a menos que las palabras sean dichas en el sanguinario altar de los Antiguos, sin embargo, conviene tener cuidado. Porque se sabe que el hechicero sarraceno, Mai Lazal, cantó desenfrenadamente las palabras espantosas y que el demonio vino, y al no encontrar una ofrenda sanguinaria enfureció. La sangre vital de un niño o una doncella casta es lo mejor, pero una bestia, un buey o una oveja, se dice que es suficiente. Pero ten cuidado de que la bestia no muera cuando se tome la sangre, porque entonces la ira del demonio será terrible. Si la ofrenda es buena, el demonio dará poder impío para que el siervo se enriquezca y supere a todos sus vecinos.»

Por tercera vez, y con creciente emoción, Emmet Telquist leyó las palabras descoloridas. Estaban contenidas en un manuscrito encuadernado que se estaba desmoronando, curioso y probablemente único, que él había descubierto casi por accidente unos días antes mientras revolvía las cajas de embalaje cargadas de polvo que contenían la biblioteca de su tío fallecido.

El libro se titulaba simplemente Magia Verdadera, y el escritor firmaba como «Theophilis Wenn». Es muy posible que fuera un seudónimo; ciertamente, a juzgar por el contenido, el autor imprudente debe haber tenido motivos para mantener en secreto su verdadera identidad.

El libro era una verdadera enciclopedia de la tradición del diablo. Manifestaba una erudición genuina que se había prodigado en una amplia variedad de temas esotéricos y prohibidos. Había discusiones detalladas sobre encantamientos y posesión, párrafos sobre vampirismo y leyendas de ghouls, páginas dedicadas a la demonología, la adoración de brujas y los ídolos, notas sobre ritos del holocausto, maculaciones indescriptibles y temibles sacrificios de luna llena a los poderes de la oscuridad prístina.

Evidentemente, el escritor había sido un nigromante notable. El estilo en general era arbitrario y seguro, mostrando egoísmo y no poca arrogancia. No tenía una leve nota de humor. Theophilis Wenn, o quienquiera que disfrazara su verdadera identidad bajo ese nombre, había escrito con extrema seriedad. De eso no cabía duda.

Emmet Telquist, el paria de la aldea, amarga y misantrópica cuestión de un padre infame y una madre que había muerto locamente, consideraba el libro como un tesoro, un depósito secreto de conocimiento y poder que le permitiría competir con sus vecinos más exitosos.

Siempre había sido un forastero, un inadaptado, objeto de críticas y vengativos chismes locales. Siempre se había sentido más o menos aliado de leyes y agencias inhumanas.

Su tío, el único pariente que recordaba, había sido un anciano amargado, de corazón negro y melancólico que lo toleraba solo por las tareas domésticas y los recados que realizaba. Nunca había tenido la menor duda de que su tío lo habría repudiado por completo si no hubiera sido un esclavo útil. El vínculo de sangre no habría tenido sentido para el anciano. De hecho, si no hubiera sido por su muerte repentina y algo misteriosa, el sinvergüenza probablemente se habría encargado de que su sobrino heredara solo recuerdos oscuros. Pero como no se había localizado ningún testamento, Emmet Telquist se había apoderado de la ruinosa granja de su tío y de los escasos bienes que contenía.

Pero mientras entrecerraba los ojos ansiosamente ante la caligrafía descolorida y pintoresca del nigromante Theophilis Wenn, Telquist comenzó a creer que el libro manuscrito era, con mucho, el artículo más valioso que su pariente malvado había puesto involuntariamente en sus manos.

Además, una serie de asuntos que siempre lo habían desconcertado en el pasado se volvieron menos desconcertantes. A menudo se había preguntado por el comportamiento peculiar de su tío: sus largas ausencias de la casa, especialmente de noche, los murmullos que con frecuencia provenían de su habitación, sus inexplicables fuentes de ingresos.

Con una sensación de creciente suspenso y expectativa, pasó las páginas en las que estaba inscrito el séptimo encantamiento. Estaba escrito con una peculiar tinta gris azulada que parecía débilmente fosforescente. No se atrevió a leer las palabras en voz alta; comprobando que eran lo que parecían ser: simplemente una mezcla de sonidos sin sentido frecuentemente intercalados con el nombre «Nyogtha».

Sonriendo maliciosamente para sí mismo, volvió las páginas y releyó el párrafo que servía como introducción y explicación de los encantamientos. Bueno, él sabía lo que Theophilis Wenn tenía en mente cuando se refirió al «altar sanguinario de los Antiguos». Él, Emmet Telquist, había visto tal altar.

Aunque eso había sido años antes, cuando el pantano no era tan intransitable. No tenía ninguna duda de que podría localizar el maldito cromlech sacrificial. ¡Qué bien

recordaba haberse arrastrado por el sendero levemente elevado que serpenteaba a través del pantano! El montículo repentino, inesperado, el agua oscura, incluso a la luz del sol del mediodía, el círculo de enormes monolitos, el montículo en el centro, la enorme losa plana en su parte superior, roja por las manchas indecibles que incluso las lluvias y vientos de siglos no podía borrar.

Nunca le había hablado de su descubrimiento a nadie. El pantano era un lugar prohibido, aparentemente debido a los rumores de arenas movedizas y serpientes venenosas. Pero en más de una ocasión había visto santiguarse a los aldeanos de antaño cuando se mencionaba la zona. Y se decía que incluso los perros de caza abandonarían la persecución si esta huía hacia allí.

Ya anticipando el poder que finalmente sería suyo, Emmet Telquist comenzó a formular planes. No cometería el error del desafortunado hechicero sarraceno, Mai Lazal. Aunque no se atrevió del todo a dar los pasos necesarios para conseguir un sacrificio humano. Una oveja debería ser relativamente fácil de obtener. Podría robar una por la noche de cualquiera de los varios rebaños de la aldea. Conocía todos los bosques y senderos y estaría a salvo mucho antes de que se descubriera la pérdida.

La noche antes del advenimiento de la luna llena se deslizó a un prado cercano donde pastaban ovejas y se llevó una, empujándola y arrastrándola por un muro de piedra y luego conduciéndola a lo largo de tortuosos caminos secundarios. Al día siguiente realizó una visita furtiva a los alrededores del pantano prohibido, explorando la maleza hasta descubrir el comienzo del tenue sendero que había visto años antes. Aunque estaba parcialmente cubierto por un espeso crecimiento de juncos, enredaderas y exuberante hierba de pantano, había indicios de que los ciervos lo usaban ocasionalmente. Probablemente se necesitaría paciencia para abrirse paso, pero al menos el camino no debería ser intransitable. Observando cuidadosamente su ubicación, regresó a casa y completó sus preparativos para la noche.

Poco antes de las once entró sigilosamente en el cobertizo donde había atado a la oveja y la condujo a la luz de la luna. El campo estaba impregnado de una hechizante luz plateada. No experimentó ninguna dificultad para llegar al pantano y después de una pequeña búsqueda localizó el sendero estrecho. Pero cuando se sumergió en la hierba que le llegaba hasta los hombros, la correa se apretó en su mano. La oveja se tensó contra la cuerda, sus ojos repentinamente enloquecidos por el miedo.

Maldiciendo, se revolvió y la pateó brutalmente. Se lanzó hacia adelante unos metros y se detuvo. Con determinación, apretó la correa hasta que cortó la piel de la oveja a través de la lana.

Progresó lentamente. La oveja tuvo que ser arrastrada a intervalos regulares. Y mientras penetraba hacia el corazón del pantano, la creciente altura y espesor de la exuberante maleza dificultaba el paso. La luz de la luna se filtraba inquietantemente

entre los árboles y por todos lados charcos traicioneros brillaban de color negro plateado en la penumbra.

De vez en cuando, observadores ocultos lo miraban desde las profundidades y, muy a menudo, enormes sapos saltaban al camino y lo miraban con sus ojos ambarinos. Parecían estar desprovistos de miedo, casi como si consideraran el pantano como su dominio especial y, a él, incapaz de dañarlos. Empezó a imaginar que había algo vagamente maligno en ellos. Nunca antes los había visto tan grandes, ni en tal cantidad. Pero probablemente eso se debió a que se los dejó reproducirse y desarrollarse sin encontrar los obstáculos artificiales que inevitablemente prevalecerían en cualquier área menos evitada.

Mientras se adentraba en el corazón del pantano, el silencio que se acumulaba se volvió opresivo. Los sonidos normales de la noche cesaron por completo y sólo su propia respiración forzada rompió el silencio. La oveja se volvió más obstinada que nunca; se requirió toda su fuerza para arrastrarla. Parecía, imaginó, sentir el destino que le aguardaba.

De repente, tanto que estuvo a punto de gritar de asombro, la maleza terminó y se encontró ante la base del montículo impío.

Era tal como lo recordaba: enormes menhires que formaban un áspero círculo alrededor de un montículo central sobre el que había una gran losa plana de un tono oscuro que no coincidía con el color de los monolitos circundantes. Por encima de todo, pareció caer una sombra y, sin embargo, cuando miró hacia arriba, vio que la luna llena estaba directamente sobre su cabeza.

Sacudiendo la sensación de pavor que se apoderó de él, echó a andar por la pendiente cubierta de líquenes. Pero ahora la oveja se hundió sobre sus patas delanteras y se vio obligado a arrastrarla centímetro a centímetro hacia el círculo de megalitos. Sin embargo, le dio la bienvenida al esfuerzo, ya que liberó su mente del miedo innombrable que el cromlech despertó en él.

Cuando arrastró a la oveja junto al anillo de rocas, estaba casi exhausto, pero no se atrevió a detenerse para descansar, porque sabía que la demora sería su perdición. Ya tenía un deseo salvaje de dejar la oveja y correr de regreso a través del pantano infestado de sapos hacia el familiar mundo exterior. De modo que ató las patas del animal firmemente juntas y con un tremendo tirón la empujó sobre la losa de sacrificio de color óxido.

Rechazando un impulso casi incontrolable de huir, desenvainó el cuchillo de caza que llevaba y sacó de su bolsillo el curioso manuscrito encuadernado, Magia Verdadera de Theophilis Wenn.

No tuvo ninguna dificultad para localizar el séptimo encantamiento extrañamente siniestro, porque a la brillante luz de la luna, la inusual tinta gris azulada en la que estaban inscritos los caracteres parecía realmente luminosa.

Sosteniendo el libro en una mano y el cuchillo listo en la otra, comenzó a repetir el revoltijo de sonidos ininteligibles.

Mientras leía, las sílabas parecían ejercer sobre él una influencia sobrenatural, de modo que su voz se elevó hasta convertirse en un aullido salvaje, inhumano y agudo que penetró hasta las profundidades más lejanas del pantano. A intervalos, su voz se convertía en guturales bajos o en un siseo sibilante.

Y luego, en la última enunciación de la palabra tantas veces repetida, «Nyogtha», llegó a sus oídos, como desde una gran distancia, un sonido como el de un viento impetuoso, aunque ni siquiera una hoja se agitó en los árboles circundantes.

De repente, el libro se oscureció en su mano y vio que una sombra había caído sobre la página.

Miró hacia arriba y la locura dio vueltas en su cerebro.

En cuclillas, en el borde de la losa, había una forma que vivía en una pesadilla, una cosa con garras escamosas como una gárgola monstruosa o un sapo deforme que lo miraba con rojizos ojos inquisidores.

Se congeló de horror y una repentina rabia brilló en los ojos de la cosa. Un siseo enojado salió de su pico moteado.

Emmet Telquist fue impulsado a la acción. Sabía lo que la cosa quería: sangre.

Levantó el cuchillo, avanzó y estaba a punto de hundirlo en la oveja cuando un nuevo horror se apoderó de él.

La oveja ya estaba muerta.

La indescriptible presencia que estaba en cuclillas ya la había reclamado. Había muerto de miedo. Sus ojos estaban vidriosos y no había indicios de que aún respirara.

Recordando la advertencia de Theophilis Wenn, «ten cuidado de que la bestia no muera», Emmet Telquist se quedó como una estatua de piedra con el cuchillo aún sin levantar en la mano.

Luego lo dejó caer y echó a correr.

Se lanzó entre dos menhires, por la loma, y corrió hacia el sendero del pantano.

Levantando su cuello escamoso, la presencia en la losa lo miró y, finalmente, silbando con furia, saltó de la piedra y se lanzó en su persecución.

Un terrible chillido sonó y pronto la cosa saltó de nuevo sobre la losa, sosteniendo en su pico ensangrentado una forma sin vida, flácida, un sacrificio apropiado.